



## El mes de Joan de Sagarra

El teatro tiene futuro. Harold Pinter es tan fiero como imprevisible, pero el 10 de marzo recogió en una extraordinaria fiesta el premio Europa en Turín. La capital piemontesa se está reinventando

# La ciudad serpiente

### JOAN DE SAGARRA

El 26 de febrero, Turín despedía sus Juegos Olímpicos de invierno. La noche anterior, en las plazas y calles del centro de la ciudad, turineses y extranjeros, llegados de los cinco continentes, se abrazaban. "Passion lives here!" (el eslogan de los Juegos), gritaban los turineses. "Unforgettable!", gritaban los otros, muchos de ellos canadienses, porque los próximos Juegos se celebran en Vancouver. Y para dejar buena constancia de que lo que ocurría en Turín era apasionante e inolvidable, Kristin y Michael, una pareja canadiense, se esposaba la mañana siguiente en la alcaldía de Turín. Lo ideal hubiese sido que Kristin se casase con un Vittorio y Michael con una Lucia, pero la pasión turinesa, por muy inolvidable que sea, no da para tanto. Kristin y Michael habían acudido a Turín porque allí estaba la fiesta, para casarse quien sabe si gratis, para salir -y salieron- en la foto del dominical de *La Stampa*. En cuanto a Vittorio y Lucia, una pareja de la que sólo sabemos los nombres y a los que suponemos jóvenes, si quisieran casarse, buscarse un trabajo y encontrar un piso, no lo tendrían nada fácil, por muy apasionante e inolvidable que sea lo que ocurre en Turín.

En los últimos diez años, la capital piemontesa ha perdido 100.000 puestos de trabajo. La Fiat sigue fabricando automóviles, pero ya no es la gran fábrica que fue en los años cincuenta, cuando Turín era la capital industrial de la República italiana y la familia Agnelli era la dueña de la ciudad. La población ha descendido considerablemente. Una vez más, Turín se ve forzada a reinventarse.

Los Juegos han sido, son una buena ocasión para ello. "Torino cambia la pelle", dice su alcalde, Sergio Chiamparino, como si fuese una serpiente. Y así es: se construye una red metropolitana y una nueva estación ferroviaria para albergar los trenes de alta velocidad que unan la ciudad con Milán y París. La nueva Turín ya no será la gran fábrica de la península; su futuro, como en el caso de la Barcelona postolímpica, se orienta hacia una ciudad de servicios, de turismo de calidad y de cultura. Y no deja de ser sorprendente y envidiable que en un momento en el que el Gobierno italiano se dedica a recortar sus presupuestos culturales, porque la cultura, dice, es algo superfluo, la ciudad de Turín, respaldada por sus instituciones provinciales y regionales, se lance a invertir en cultura. Y de esas inversiones la más notable tal vez sea la destinada al teatro.

Turín tenía y sigue teniendo un teatro municipal, el Teatro Stabile di Torino, fundado en 1955, ocho años después

## La nueva Turín ya no será la gran fábrica de Italia: como Barcelona, apuesta por el turismo cultural y de calidad

que el Piccolo de Milán, a imagen y semejanza de los teatros *estables* que iban proliferando por la península después de la Segunda Guerra Mundial. En sus cincuenta años de existencia ha tenido, desde Nico Peppe que fue el que lo inauguró, diversos directores, el más célebre

de los cuales ha sido sin duda Luca Ronconi, un hombre de teatro que se hizo mundialmente famoso tras montar en lo que habían sido Les Halles, el vientre de París, un *Orlando furioso* que enamoró a la flor y nata de la intelectualidad germanopratense. Ronconi estuvo tres o cuatro temporadas al frente del TST, y en la segunda de ellas, la 1991-1992, su nombre volvió a aparecer en las páginas de espectáculos de todos los periódicos y revistas del mundo. Fue a raíz de su montaje de *Los últimos días de la humanidad*, el gran texto de Karl Kraus sobre la Primera Guerra Mundial, en lo que hacía poco había sido el Lingotto, una de las tres enormes fábricas de la Fiat. En su montaje, Ronconi hizo aparecer trenes, tanques, aviones... todo el arsenal militar salido de aquella fábrica durante los años que duró el conflicto. Un espectáculo impresionante que tuvo la fortuna de poder presenciar y que fue el inicio de mi relación con el director. A la muerte de Giorgio Strehler, en 1997, Ronconi fue llamado para ocupar la dirección del Piccolo milanés y allí sigue.

El actual director del TST, Walter Le Moli, lleva tan sólo tres años al frente del teatro. Tres años en los que, con el apoyo de las instituciones turinesas, ha hecho más por ese teatro que en los cincuenta años de su existencia. En primer lugar, ha incrementado el número de salas que poseía el teatro: de dos a diez. El TST cuenta hoy con el teatro Carignano, el teatro real de los Saboya; el ilustre Gobetti, la sala de la ex Cavallerizza, con diversos espacios; el renovado Vittoria, el contemporáneo Teatro Astra, el Lumiq Studios y el *campus teatrale* de la ex Fonderie Limone, en la periferia turi-



01 Harold Pinter recibe el premio Europa junto a Alessandra Serra, su traductora

FOTO GIORGIO SOTTILE

nesa, donde además de producir espectáculos, se dan cursos de formación teatral, a nivel técnico y artístico, en estrecha colaboración entre el TST, la universidad y las escuelas técnicas de la capital.

El teatro juega un papel activo en la transformación de la ciudad. Torino apuesta por la industria teatral. No sólo pretende convertirse en la capital teatral de la península, la que ofrezca mejores producciones y coproducciones, sino que aspira a ser un centro de formación e investigación a nivel europeo. De cinco espectáculos, la producción de la temporada 2001-2002, el TST ha pasado a producir veinte en la presente. Con una plantilla de 600 empleados, el teatro destina un 55 por ciento de su presupuesto a la creación artística. Su referencia son los teatros del norte de Europa y sobre todo el de Frankfurt, que engloba teatro y ópera, y que con un presupuesto muy parecido al del TST le dobla en número de espectáculos por temporada.

Los Juegos Olímpicos de invierno eran una ocasión inmejorable para mostrar al mundo la realidad del TST que, en cierto modo, se ha convertido en la institución emblemática de la nueva imagen de la ciudad. Y para ello, Walter Le Moli ha propiciado el regreso de Ronconi al teatro que lo consagró como uno de los mejores directores europeos. Ronconi, sin abandonar la dirección del Piccolo milanés, ha preparado, junto con Le Moli, el gran espectáculo teatral de los Juegos: el macroproyecto DOMANI, el mañana, el futuro (y la memoria del pasado sin la cual no hay futuro).

DOMANI se compone de cinco espectáculos: *Troilo y Cresida*, de Shakespeare (una reflexión sobre la historia); *Hechos de guerra. Una trilogía*, de Edward Bond (la guerra o mejor las guerras); *El silencio de los comunistas*, de Vittorio Foa, Miriam Mafai y Alfredo Reichlin (una reflexión a tres voces sobre la memoria reciente del pueblo italiano); *El espejo del diablo*, de Giorgio Ruffolo (la historia de la economía: de Adán y Eva hasta la última opa); y *Biblioética. Diccionario al uso* (una reflexión sobre la biogenética, sobre el futuro). Cinco textos, tres de ellos no teatrales, adaptados por el propio Ronconi, como ya hizo con otros textos de Dostoievski, de Gadda, de Nabokov o de James (cosa que hace admirablemente). Cinco espectáculos en cuatro espacios diferentes, 18 horas de teatro, impresionantes escenografías, 100 técnicos y un número considera-

ble de actores, la mayoría de ellos jóvenes, formados en el TST. Cinco espectáculos que sólo han podido verse durante los Juegos, que no viajarán, que han costado 7 millones de euros (lo que, una vez hechos los números, viene a ser lo que cuesta un kilómetro de autopista), una cifra que ha sido criticadísima por muchos colegas de los teatros de la península (amén de por razones políticas), todos ellos dirigidos por Ronconi (lo que ha despertado la envidia y las críticas de otros directores), y que han podido verse por el módico precio de 60 euros (los cinco).

Si en 1991 Ronconi llevó el teatro al Lingotto, a una de las fortalezas de los Agnelli, ahora, con el proyecto, la realidad DOMANI, ha convertido el TST en una de las mayores fábricas teatrales europeas. El TST y la ciudad de Turín, la ciudad serpiente, han mostrado sus cartas. Apuestan por el mañana, por el futuro, por el futuro del teatro, por la invención teatral. La pregunta está ahora en todos los labios: ¿se saldrán con la suya, sabrán imponerse, crear un nuevo teatro, por cuánto tiempo y con qué recursos?

Pero al TST no le bastaba con crear el proyecto DOMANI, había que vender la imagen de fábrica del TST a un público especializado. Y el alcalde Chiamparino se lo ha ofrecido albergando a más de 300 teatreros (directores, actores, críticos, comentaristas...) llegados de los cinco continentes con motivo de la concesión del X premio Europa al Teatro que este año se ha otorgado en Turín y ha recaído en el inglés Harold Pinter.

El premio Europa (60.000 euros) es, como el Théâtre de l'Europe (el Odéon de París) y la posterior Unión de Teatros de Europa, fruto de la visión europeísta que del teatro tenían gentes como el presidente Mitterrand, Jack Lang, su ministro de Cultura; Giorgio Strehler y un grupo de diputados del Parlamento europeo. El premio se concedía en la idílica población de Taormina, en la primavera, hasta que en el 2001, en que se le concedió a Michel Piccoli, los sicilianos y el Parlamento europeo cortaron las subvenciones (porque el teatro es superfluo y la mayoría de esos señores que vienen a pasárselo pipa en Taormina son de izquierdas). El premio se había concedido a figuras indiscutibles como Brook, Strehler, Pina Bausch, Bob Wilson y hasta el mismo Ronconi, y podían habérselo concedido a Bergman en el caso de que éste lo hubiese aceptado. Harold Pin-

ter (al que se lo otorgaron en el 2002, antes de que le concedieran el Nobel, pero que no ha podido disfrutarlo hasta hoy) es el único autor (pero también actor y director) entre los diez hasta ahora premiados.

Chiamparino dijo que el premio se daba en Turín si Pinter venía a recogerlo. Y Pinter se comprometió a venir a recogerlo (a Pinter le encanta Italia y de manera especial los vinos del Piemonte). Pero con Pinter nunca se sabe. El día menos pensado se cae en la calle y se abre la cabeza, o pilla una extraña enfermedad tropical, típica de la selva amazónica (sin haberla pisado jamás), como le ocurrió cuando iba a recoger el Nobel, el pasado año. Así que la tarde del viernes 10 de marzo, el alcalde Chiamparino, el señor Le Moli y el jurado del premio Europa cruzaban los dedos. Y Pinter llegó a Turín, acompañado de su esposa, de Jeremy Irons y de Michael Gambon, el *detective cantante*. Y se organizó una fiesta de esas que sólo Pinter sabe organizar, en la que el muchachote de Hackney, el barrio de la periferia londinense donde nació, arremetió, con la fiereza, el talento y la gracia que le caracterizan, contra Bush, contra

## El alcalde, el director del TST y el jurado cruzaban los dedos para que el Nobel no les diera plantón

Blair y contra el mismísimo Berlusconi, aunque sin nombrarlo, y contra todo bicho viviente. La fiesta se celebró en el teatro Carignano y, más que un teatro regio, aquello parecía un pub del Est End. Sólo faltaba la cerveza. Y todos lo pasamos la mar de bien. Los miembros del Instituto Internacional del Teatro, los de la Asociación Internacional de críticos de Teatro, los de la Unión de Teatros de Europa, los de la Convención Teatral Europea, que se habían citado en Turín, invitados por el alcalde, para celebrar sus convenciones anuales. La crema del teatro mundial aplaudiendo a Pinter (aunque una señora de la BBC se marchó indignada a medio acto) y brindando, con una copa de Barolo, por el futuro del TST, al que Unión de Teatros de Europa (y a la que pertenece el Lliure) acaba de nombrar nuevo socio de la entidad. Ese ha sido mi mes, un mes muy teatral. |



02

**02** 'El silencio de los comunistas', uno de los espectáculos del macroproyecto DOMANI

FOTO MARCELLO NORBERTH